

Alter

La gloria y la muerte de Balzac



A anécdota es clásica y significativa como esos milagros que se citan de los santos famosos. Viajaba el novelista por tierras de Rusia cuando se le hizo tarde. Al anochecer, siguiendo la costumbre caballeresca, él y sus amigos pidieron hospitalidad a una castellana. Fueron dignamente atendidos: la conversación y las noticias que llevan los viajeros constituyen una de las pocas amenidades que disfrutaban los viejos castillos lejanos. Una dama deja la habitación para traer refrescos. Mientras tanto, la charla se enhebra y cuando la que había salido regresa, con la bandeja en las manos, oye a la dueña de casa decir:

—De manera, que, a juicio suyo, señor de Balzac...

Gran estrépito de copas, vasos y platillos que ruedan por tierra junto con la bandeja, derrumbados por la emoción. ¡El grande autor francés, el novelista predilecto, objeto de tantas conversaciones familiares! Ahí, en cuerpo y alma...

Es la gloria.

Le costó no poco a Balzac ver realizado su sueño. Hallaba en el camino porfiadas resistencias y, hasta la edad de treinta, se le consideró un tipo de segundo orden, que prometía, pero acaso no cumpliría nunca sus promesas. Sin las mujeres, habría vegetado larga y obscuramente; pero él las quería con pasión y ellas le correspondieron. Fueron muchas. No tantas como sus

personajes, que pasan de los dos millares y «le hacían competencia al Registro Civil», pero suficientes para que sea preciso escalonarlas ordenadamente, a fin de orientarse. L. J. Arrigon, entendido en la materia, aparta tres: Laura de Berny, la iniciadora juvenil, casi maternal, veinte años mayor que él, cuando él cumplía los veintitrés, buena, abnegada, fidelísima; la duquesa de Abrantes, pintoresca y napoleónica y la condesa Guidoboni-Visconti, a quien dedicó «Beatrix» y que vivió cerca del novelista en un pabellón de Jardies. Cada una tiene su papel señalado en la vida y en la obra de Balzac; pero hay que añadir todavía, fuera de las múltiples «diosas menores», a la duquesa de Castries, que lo hizo padecer, cosa muy necesaria, y, la más importante que todas, la más lejana y más próxima, la dura, enigmática y poco atrayente Extranjera, la condesa Hanska, que desde Polonia lo obligó a esperar diecisiete años, y, cuando se resignó a convertirse en Madame Balzac, fué para enviudar antes de seis meses. Ese largo idilio a distancia, terminado en el matrimonio, empezó por una carta firmada «La Extranjera» con sello de Odessa y fecha 1832.

La Condesa, mujer joven, de 31 años, bonita, nobilísima, emparentada con la más alta aristocracia de Europa, amó a un primo, pobre como ella, pero hubo de casarse con un viejo mariscal opulento, el conde Hanska, propietario de vastos dominios, uno solo de los cuales tenía veintiún mil hectáreas y contenía tres mil siervos, sin contar las mujeres. . . . Allá sepultó la joven condesa sus sueños, su amor juvenil y el fracaso de una vida. Se consolaba leyendo: Hugo, Lamartine, Jorge Sand. Balzac. A este lo encontró un año después en Ginebra, y desde entonces, no cesaron de escribirse; pero las cartas de ella se han perdido.

Los balzacianos, en general, detestan a la Hanska y existe una página terrible de Víctor Hugo sobre la última visita que hizo al autor de «La Comedia Humana», ya moribundo. *La señora*

no estaba a su lado. ¿Lo abandonó? ¡O, simplemente, no quería ver a Víctor Hugo? Balzac murió esa noche.

Vale la pena releer esa página:

«El 18 de agosto de 1850, mi mujer, que en la tarde había visitado a la señora de Balzac, me dijo que el señor de Balzac se moría. Corrí a su casa. Tomé un fiacre que llevó a la avenida Fortunée, número 14, en el barrio de Beaujon. Ahí habitaba el señor de Balzac. Había comprado lo que restaba del hotel de M. de Beaujon, unos cuerpos del edificio bajo, escapados por milagro a la demolición; había amoblado magníficamente aquello y lo había convertido en un encantador hotelito, con su puerta cochera hacia la avenida Fortunée y, por todo jardín, un patio largo y angosto, entrecortado aquí y allá por platabandas.

Me hicieron entrar al salón, situado en el primer piso. Frente a la chimenea, una consola con el busto colosal de Balzac en mármol por David. Una bujía daba luz sobre una rica mesa oval soportada, a guisa de patas, por seis estatuillas doradas del mejor gusto.

Otra mujer que también lloraba entró y me dijo:

—Se muere. La señora está en sus habitaciones. Los médicos lo han abandonado desde ayer. Tiene una llaga en la pierna izquierda. Se le ha gangrenado. Los médicos no saben lo que hacen... Esta mañana, a las nueve, el señor no hablaba. La señora hizo llamar a un sacerdote. El sacerdote vino y le puso la extremaunción al señor. El señor dió muestras de que comprendía. Una hora después, le apretó la mano a su hermana, la señora de Surville. Desde las once, estertora, no ve nada. No pasará la noche». Y siguen, implacables, los detalles del interior y de la agonía: Víctor Hugo hace ahí un periodismo grave y minucioso que impresiona por su impasibilidad, sin duda, buscada. Continúa: «Atravesamos un pasillo, subimos una escalera cubierta por un tapiz rojo, lleno de obras de arte, vasos, estatuas, cuadros, «crédences» con esmaltes, luego otro pasillo donde había una puerta. Oí un estertor alto y siniestro. Estaba en la pieza de

Balzac. En medio de la pieza había un lecho. Un lecho de madera sostenido a los pies y a la cabecera por aparatos y correajes destinados a mover al enfermo. El señor de Balzac estaba en ese lecho, la cabeza apoyada sobre un montón de almohadones a los cuales habían agregado cojines de damasco rojo pertenecientes al canapé del dormitorio. Tenía el rostro violáceo, casi negro, inclinado a la izquierda, las mejillas sin rasurar, los cabellos grises, cortos, los ojos fijos y abiertos. Yo lo veía de perfil; se parecía al emperador».

¿Qué pensaba, entre tanto, qué sentía Víctor Hugo viendo morir a Balzac? El no lo dice. Antes de cuarenta años, el poeta seguiría al novelista y otro autor, también célebre, después de los funerales bajo el Arco de Triunfo, sentaríase con un colega a descansar ante una mesa de café y le diría, con crudeza naturalista:

—Ya está. Se fué, por fin. La verdad, a mi me molestaba ese gran viejo allá, al final de la avenida de Eylau. ¿Y a Ud?.

—A mí, no...

—Es curioso, la diferencia de impresiones.

Este diálogo sostenido entre Emilio Zola y Alfonso Daudet, que nos cuenta su hijo León, encierra mucho de la oración fúnebre que los grandes hombres suelen recitarse «in petto», aunque no siempre tan al desnudo.

* * *

Para sentir el efecto que en las letras universales produjo la obra de Balzac basta leer cualquier novela de mediados del siglo XVIII o principios del XIX y luego otra posterior a la mitad de esta centuria. Por muy detallado que sea el relato de la primera, hay siempre un paso ligero, como alado que roza apenas la superficie y corre velozmente, apuntando aquí y allá hechos psicológicos, actos morales, anécdotas de personas, líneas muy acentuadas, colores muy desvaídos, ausencia de paisaje y aun

de contornos corporales, signo del desdén que inspiraba la materia y de la atención absolutada enderezada hacia lo principal: el espíritu. Aun la literatura tocada por el descripticismo romántico de Rousseau, Saint Pierre, Chateaubriand y compañía, con todo su énfasis y sus abusos policromáticos, decorativos, declamatorios, parece delgada ante el espesor que adquiere la prosa cuando Balzac ha pasado por ella. Es como si nos acercáramos más al mundo real, como si, no contentos con verlo y pensarlo, quisiéramos entrar en contacto físico y sensible con él, palpándolo. Antes eran espíritus o casi espíritus, amores, odios, pasiones, virtudes, vicios: ahora son seres de carne y hueso que viven en tal parte, comen tales y cuales cosas, habitan una casa así y asá, padecen enfermedades determinadas y sanan o mueren de tal dolencia, a pesar de estos remedios y los otros, aplicados por el médico o cual. O sea que, en la novela de Balzac, todo nos invita a creer y convencernos de que estamos, no en presencia de una historia imaginaria, sino de una historia profundamente verdadera, indudable, indiscutible. De donde proviene, en los momentos felices, una especie de poderosa alucinación, un verdadero espejismo que marea.

Blasco Ibáñez, cuando estuvo en Chile y habló en el Teatro Santiago, dió una conferencia sobre Balzac en que, gran discípulo de un gran maestro, evocó al visionario de la Comedia Humana entre sus ilusiones, cuando, pobre aun, necesitaba adornar su mansarda mediante letreros y ponía, con tiza, sobre las paredes: Aquí un cuadro del Tiziano—Acá un tapiz de los Gobelinos—o bien: Colgaduras de Beauvais... Mientras él, escribiendo, tiritaba.

El ansia de convertir esas imaginaciones en realidad tangible lo llevaron a crear el tipo de novela moderna donde, por primera vez, aparece la vida económica de los personajes, el negocio próspero o en decadencia, el apuro pecuniario y cuanto constituye la trama burguesa y también «marxista» del diario vivir.

Lo consiguió.

No solamente creó una nueva manera de pintar la existencia y abrió dominios antes inexplorados, sino que logró también conquistar para su vida privada esa decoración suntuosa cuya necesidad se le imponía. Ya hemos visto la descripción de Víctor Hugo. Están lejos los letreros en los muros: son pinturas y mármoles auténticos los que se admiran entre muebles de gran precio, sobre tapices materiales.

Comunicada esta necesidad a los novelistas de la época, ya no se consintió el tipo de escena aérea donde una mujer se ahoga en cuatro líneas: ahora se necesita agua y saber cuánta era, de dónde venía, con qué rapidez se deslizaba; y la mujer ha de tener cara, cuerpo, trajes, nombre, edad, estado civil y no se nos puede tampoco quedar en la ignorancia del día y la hora en que el accidente ocurrió. Por cierto, algunos autores se escapan, pero siempre alguien lo llama al orden. Recordamos que, allá por 1908, cuando Shadé publicó «Un Remordimiento», Santiván le reprochaba la vaguedad de aquel diálogo platónico entre dos seres cuyos rostros no se veían, que no se sabía si estaban en el salón, en el comedor o en el escritorio, dos seres alimentados de aire vespertino o brisas mañaneras, que vagan por la tarde a través de un jardín humanizado y cuyas voces se pierden en la soledad de un vago campo sin ubicación terrestre.

Influencia de Balzac, imperativo de «La Comedia Humana», efecto de los sueños que soñó aquel hombre gordo, bajo, pletórico, de cabeza redonda, muerto a los cincuenta y un años después de poblar un mundo.

Pero la influencia de Balzac en Chile tiene otras manifestaciones más precisas, de mayor alcance. A ella le debemos, nada menos, el novelista máximo de las letras nacionales y uno de los más considerables en América: don Alberto Blest Gana. Sobre eso no caben dudas. El mismo interesado, en su célebre y archicitada carta a Vicuña Mackenna dejó constancia fehaciente del hecho. Desde que leyó a Balzac, rompió todas sus páginas anteriores, donde se había ensayado a escribir, y juró ser nove-

lista. O no ser nada. Desde ese día, la obra de Blest Gana empieza, lentamente, a desprenderse de lo que era, a dejar la escoria romántica, el tipo convencional, el paisaje inventado, rastro de lecturas, para ceñirse a la observación de la realidad circundante y convertirse, mediante una evolución tranquila y segura, en lo que al cabo llegaría a ser: en un monumento balzaciano que es un monumento chileno. Paso por paso cabe seguir la línea de acercamiento entre el joven de Ibero-América y el coloso francés, su hijo espiritual y su discípulo.

Y ésta es, sin duda, tanto como la bandeja derribada y el escándalo de las botellas, otro signo de gloria.

